

El XVII Congreso Internacional de Ciencias Históricas (Madrid, agosto-septiembre de 1990)

Julio Aróstegui

Universidad Complutense de Madrid

El 17º Congreso Internacional de Ciencias Históricas ha tenido como escenario Madrid, entre los días 20 de agosto y 2 de septiembre de 1990. Era la primera vez que se celebraba en España un acontecimiento científico de este tipo y si a ello añadimos la celebración también en el mes anterior del Congreso Mundial de Sociología, podemos señalar un verano de 1990 en España plagado de reuniones internacionales de especialistas en ciencias sociales.

Realizamos aquí una *crónica* del Congreso Internacional de Historia¹ en la que comentaremos de pasada y sólo de forma introductoria algunos aspectos organizativos y formales del acto, que ayuden a la comprensión y contextualización de una reunión científica importante, sin duda, para la profesión historiográfica, y para la propia historiografía española. Pero el grueso del comentario ha de centrarse, como no puede ser de otra forma, en la consideración de los aspectos científicos, de la aportación temática y metodológica que esta amplia reunión ha traído, y en el intento de emitir una valoración global de su significado.

España fue designada como sede para el Congreso de 1990 en el anterior que tuvo lugar en Stuttgart en 1985. La periodicidad de los Congresos Inter-

¹ Han aparecido ya algunas otras reseñas sobre el acontecimiento. Destaquemos las de J. ANDRES GALLEGRO en el *Boletín del Ilustre Colegio de Doctores y Licenciados...*, Madrid, noviembre, 1990, pp. 11-15 y la de Manuel ESPADAS, secretario del *Comité Español de Ciencias Históricas* y del propio *Comité Ejecutivo* del Congreso, publicada en *Política Científica*, nº 25, Madrid, diciembre, 1990, pp. 65-68.

nacionales ha sido siempre quinquenal. Su organización y sostenimiento científico es prácticamente la única actividad que desempeña un *Comité Internacional de Ciencias Históricas* (CICH, en adelante) que existe desde 1926, acerca de cuya estructura haremos después alguna imprescindible precisión². El aparato internacional se completa, a su vez, con unos *Comités* de Ciencias Históricas existentes en cada país asociado, entre ellos España. En el momento de la celebración del Congreso en España existían cuarenta y nueve Comités Nacionales. El Comité Nacional adquiere, como es natural, un protagonismo decisivo cuando el Congreso Internacional quinquenal ha de celebrarse en su propio país. Toda la infraestructura y la financiación del Congreso corren a cargo del país organizador. El Comité Internacional es el organismo que decide, en todo caso, acerca de las cuestiones científicas del acto y supervisa, en última instancia, su preparación.

La transcendencia científica de las reuniones de este tipo es asunto ciertamente debatido y no es fácil emitir un juicio tajante sobre ello. Un cúmulo de circunstancias de diverso carácter contribuyen a hacer bien diferentes en su valor las aportaciones de unas u otras de las ediciones del Congreso. Así, por ejemplo, el que hacía el número 9, en París en 1950 -con el que se inauguró, después del paréntesis de la IIª Guerra Mundial, la serie actual de Congresos en los años mitad o final de decenio- fue la ocasión para la consagración a nivel mundial de la Escuela de *Annales*. De allí vino nuestro Vicens Vives deslumbrado por el brillo de la nueva historiografía francesa y allí coincidieron por vez primera después de nuestra guerra civil historiadores del interior y del exilio.

Fueron también importantes el de Roma, de 1955, por sus aportaciones científicas y, por sus peculiaridades precisas, el de Moscú, en 1970, en el que, por cierto, apareció una importante nómina de historiadores "oficiales" españoles y de donde alguno de ellos, bien devoto del régimen entonces existente, regresó deslumbrado por la "organización", eficacia y "autoridad" de la vida académica, y de la otra, soviética. Otras efemérides han pasado en un tono mucho más discreto, que es lo habitual.

Si la importancia científica es discutible, no lo es, sin duda, la social. Como en todos los Congresos, se ven e identifican figuras notables, se viene abajo algún mito, se pueden apreciar y admirar (!) actitudes científicas o de otro tipo de personas o de determinados grupos nacionales de profesionales y

² Aporta datos sobre el asunto el folleto titulado *El Comité Internacional, el Comité Español y los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas*, Madrid, 1990, 34 pp., escrito por el presidente del Comité español, Prof. Eloy Benito Ruano y publicado a propósito de la celebración del Congreso en España.

se pueden hacer comparaciones siempre instructivas. La celebración del Congreso Internacional es ocasión para que tengan lugar asimismo otro gran número de sesiones o reuniones de entidades, organismos internacionales y variados grupos de trabajo, oficiales o no, relacionados con aspectos específicos de la Historiografía y que están afiliados al Comité Internacional, cuyo interés no es menor que el de los propios objetivos generales del Congreso. Además, se renuevan los órganos directivos del Comité Internacional. Por ello, una crónica de una efemérides como ésta puede enseñar algunas cosas y ayudar a formular conclusiones no desprovistas de interés.

El número de los asistentes a estos actos ha experimentado un revelador incremento a lo largo de los quinquenios transcurridos. Desde la cantidad inferior al millar propia de los Congresos celebrados antes de la Primera Guerra Mundial -el primer Congreso fue el celebrado en París en 1900-, se llegó al record actual de 4.000 participantes que ostenta el de Moscú en 1970. La inscripción en la cita española ha rondado los 2.500³.

1. La organización en España (Madrid)

Como hemos señalado, la organización por parte de España del XVII Congreso en 1990 fue decidida en Stuttgart en 1985, durante el Congreso anterior. En la elección de España, que se adoptó por unanimidad del CICH, influyó, sin duda, la cercanía de la efemérides del Quinto Centenario de la llegada de los españoles a América, que si no ha sido asunto especial del Congreso sí ha sido tratado en él y ha representado una cierta forma de homenaje, con cierta desgana, a la fecha de 1992. A partir de ese momento la actividad del CECH (Comité Español de Ciencias Históricas) ha sido la clave de toda la organización y debemos señalar que la decisión de la celebración en Madrid, una vez adjudicada la organización a España, fue tomada después de haberse barajado también la candidatura de Barcelona.

La posición de las autoridades educativas españolas fue en estos momentos organizativos, como la de las políticas en el momento de la celebración, tan dudosa y ambigua como es costumbre y su decisiva colaboración fue obtenida con no poca insistencia por parte de los organizadores. Por lo demás, en la situación científica española actual, la Historiografía no es la Sociolo-

³ Manejo datos de organización que me han sido facilitados en abundancia y con extrema amabilidad por el responsable máximo de la organización española, el secretario del Comité Español, Prof. Manuel Espadas Burgos y por sus principales ayudantes, entre los que figuran los Profs. José Ramón Urquijo, Lorenzo Delgado, Eduardo González y otros más así como el personal técnico Dña. Trinidad López Bruñet, Miguel Angel López Rinconada, etc.

gía... La realidad vino luego a mostrar que el Congreso de Sociología de julio de 1990 tenía unos defectos de organización que saltaron clamorosamente a la prensa y ello no ha dejado de influir, negativamente, en la mirada política que cayó sobre el Congreso que ahora comentamos.

El CECH tomó la eficaz y oportuna decisión de encargar a una empresa privada todos aquellos aspectos infraestructurales, desde viajes y alojamientos hasta traducción simultánea, susceptibles de hacer pasar por una dura prueba a los servicios organizativos. Hay que recordar que esa prueba, en un Madrid en plena canícula, ha sido plenamente superada. Y es de agradecer con efusión la labor realizada en ese sentido por el Prof. Manuel Espadas, secretario del Comité organizador, y el equipo que le apoyaba.

Un juicio ligeramente distinto, y menos entusiasta, debe suscitar lo que se refiere a la difusión previa de la noticia del acontecimiento entre los miembros de la profesión historiográfica española, la llegada oportuna de información, propaganda, convocatoria, a los medios científicos, académicos y de la educación española que estaban interesados en el evento. Es decir, la tarea propiamente científica que entraña una organización como ésta. El Congreso ha tenido problemas de difusión en los medios españoles potencialmente interesados en él. Parece claro que tales problemas están en el origen, en alguna manera -aunque no decisiva-, de la peculiar forma que ha adoptado -en lo general "por omisión"- la participación de los historiadores españoles en el acto que reseñamos, cosa que nos ocupará después con algún juicio crítico también.

Este cronista quiere dejar constancia inequívoca de que los problemas a los que aludimos no son imputables exclusiva ni primordialmente al proceso mismo de la organización, y en concreto al CECH, sino a las estructuras y los cauces desde los que y a través de los cuales estaba obligada a generarse y a circular la información precisa. Expliquémonos.

La inadecuada difusión de la noticia de la celebración y la ausencia total de información pertinente sobre las peculiaridades y características del Congreso a celebrar en Madrid⁴ tiene mucho que ver con la falta de flexibilidad de un organismo como el CECH y, sin duda, también en pareja medida, con la escasa conciencia y no ejemplar funcionamiento de los propios Departamentos universitarios y demás centros destinatarios de la información. Los documentos no se han remitido habitualmente a personas, sino a entidades, lo que es la

⁴ Poco antes del agosto de 1990, bastante profesorado universitario español desconocía la existencia del Congreso. Los folletos, circulares y carteles escaseaban. Las Universidades no han funcionado como vehículo de difusión. La prensa se ha hecho escaso eco. El alumnado universitario ha desconocido casi completamente la celebración. Lo mismo ocurre con las representaciones de ciencias sociales afines.

mejor forma de garantizar su escasa difusión. Es de lamentar que un despliegue informativo que comprendía tres grandes circulares con la programación, además de folletos de inscripción y otros documentos, no haya llegado, ni en tiempo ni en forma, a todos los sitios a los que debería haberlo hecho en nuestro país. Parece, por el contrario, que la difusión entre los organismos extranjeros interesados ha sido mucho más satisfactoria.

Los Comités Nacionales de Ciencias Históricas no son organismos asociativos para personas individuales sino para entidades jurídicas -colectivos del tipo de asociaciones de especialistas, departamentos universitarios, instituciones culturales oficiales o semioficiales-, lo que les da una estructura muy poco operativa. En el caso español el Comité se encuentra domiciliado en la Academia de la Historia -si bien el apoyo del Centro de Estudios Históricos del CSIC es decisivo-, es mucho menos conocido entre los historiadores españoles de lo que sería oportuno y su escasa operatividad es patente. Su reactivación se produce siempre con vistas a los Congresos quinquenales, pero no parece suficiente. No solamente la difusión del acto, sino la preparación de la participación española, han tenido unos problemas parecidos cuyo origen debe buscarse, a nuestro juicio, en esta inadecuada estructura -que para nada juzga a sus miembros directivos- del CECH.

2. La mecánica congresual

El programa científico del Congreso es aquí, de todas formas, el elemento de mayor interés. Su estructura obedece, en lo fundamental, a disposiciones establecidas por el CICH para todos los actos del mismo tipo, como ocurre, por ejemplo, con el marco general diseñado para las secciones temáticas y con la orientación de éstas o el procedimiento para la admisión de temas concretos de trabajo. La temática propia de cada parte, cada cinco años, es objeto de negociación detenida.

Los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas son, en realidad, un conjunto de dos cuestiones diferentes. Lo que podríamos llamar un Congreso general de Historiografía y lo que constituyen una serie de sub-congresos o reuniones específicas de entidades u organismos internacionales afiliados, de Comisiones internas del propio CICH así como Mesas Redondas ocasionales. Prestemos una breve atención descriptiva a cada una de esas grandes actividades.

Lo que es la parte central del Congreso Internacional se divide, a su vez, en las secciones que vamos a describir dando cuenta de la temática de la que se

han ocupado en Madrid, al menos en lo que consideramos más relevante, prescindiendo, en obsequio de la brevedad, de algunas sesiones y temáticas de menor interés.

Los asuntos tratados en el Congreso se acostumbran a agrupar en cuatro grandes secciones, cuyos nombres son *Grandes Temas*, *Metodología*, *Sección Cronológica* (con cuatro grandes subsecciones: Edades *Antigua*, *Media*, *Moderna* y *Contemporánea*) y *Temas que comprenden varias secciones cronológicas*, cuando el número de participantes es indeterminado y está en función de los temas propuestos para tratar.

La sección llamada *Grandes Temas* eligió para la ocasión española tres cuestiones: *El descubrimiento de América por los europeos y sus consecuencias*, *La megalópolis en la Historia* y, por fin, *Revoluciones y Reformas: su influencia sobre la historia de la sociedad*. La sección llamada *Metodología* ha tratado de *El tiempo historiográfico en la concepción europea y asiática*, *Antropología*, *historia social*, *historia cultural* y *La biografía histórica*.

El conjunto de la *Sección Cronológica*, con sus cuatro subdivisiones, se ha ocupado de un número de temas prefijados que iban desde los dos estudiados por las Historias Antigua y Media, a los tres de Historia Moderna hasta llegar a los seis tratados por la Historia Contemporánea. En esta sección cronológica creemos que deben señalarse por su interés especial temas como *Las migraciones de población en la América precolombina* -tratada en Historia Antigua-, *El mundo rural y el movimiento comunal* -Historia Medieval-, *La modernización del mundo árabe* -Moderna- y, en fin, *La evolución profesional de la mujer... Nuevas investigaciones sobre los tratados en vísperas y durante la IIª Guerra Mundial y Conciencia nacional, unidad y movimientos populares en Asia y África*.

Las secciones cronológicas se doblan y completan con otra sobre *Temas que comprenden varias secciones cronológicas* en cuyo seno fueron tratadas en Madrid cuestiones de la importancia de *Nacimiento y difusión de la ciencia*, *La organización del trabajo*, *Relaciones entre judíos, cristianos y musulmanes* (en las Edades Media y Moderna), *Estrategias de mantenimiento en el Poder o Enfermedad y Sociedad*, entre otras.

Con esto terminaba esa parte central del Congreso a la que nos hemos referido, pero debe reseñarse que celebraron reuniones de trabajo paralelas veintidós asociaciones profesionales especializadas en estudios de algún sector historiográfico que van desde los Estudios Bizantinos a la Historia Militar Comparada o desde la Arqueología a la Didáctica de la Historia. Las *Comisiones Internas* que dependen del CICH son doce, todas las cuales cele-

braron más de una sesión a lo largo de los seis días de Congreso, y entre las que destacan por su importancia la Comisión Internacional de Demografía Histórica, la de Historia de las Relaciones Internacionales o la Federación Internacional para la Investigación de la Historia de la Mujer. Diversas Mesas Redondas, con participación de historiadores de muchos países tuvieron lugar también simultáneamente.

En total trescientas doce sesiones de trabajo, de lunes a sábado⁵, en un denso programa acompañado de algunos otros actos complementarios para cuya realización la organización contó con el apoyo especial de la Comunidad de Madrid y en menor escala de otras instituciones entre las que se cuenta la Universidad Complutense en cuya Facultad de Medicina tuvieron lugar las sesiones. Un programa denso y amplio, probablemente demasiado, la valoración global de cuyos resultados no es fácil.

3. Un intento de valoración científica

Un juicio general sobre lo que ha significado el 17º Congreso Internacional de nuestra disciplina tiene necesariamente que introducir variadas matizaciones y distingos. Si se tiene por esencial, como parece lo correcto, la estricta aportación *científica*, analizada a través de la decisión misma de aceptar unos temas y rechazar otros, de los breves textos de ponencias y comunicaciones de que, por ahora -hasta la publicación de las Actas-, se dispone, del contenido de los debates y de la asistencia real a las sesiones de figuras destacadas de la Historiografía mundial, habría que señalar que, naturalmente, el resultado del 17º Congreso es sin ninguna duda *desigual*.

Lo visto y oído nos parece carente de toda espectacularidad en lo que se ha aportado y lo que se ha concluido, y yo diría que de todo ello sale robustecida la impresión de que la investigación historiográfica a nivel mundial se encuentra, en el campo estricto del avance del conocimiento, del progreso de los métodos y de la resolución de problemas, en un momento de escasas novedades. Pero ello no debe ocultar que la situación de los sectores especializados es muy dispareja.

Entre los *Grandes Temas*, el del *Descubrimiento de América* puede considerarse que responde a las consideraciones coyunturales ya señaladas sobre las que debe añadirse que no fue asunto propuesto por el comité español y que su tratamiento se desarrolló en un tono exento de toda exaltación o condena gra-

⁵ Datos comunicados amablemente por el Comité organizador.

tuita al tiempo que se destacaba la dimensión "europea" del asunto. No parece que se haya oído en ella nada especial.

Sin duda, merece una específica apostilla la sesión dedicada a *Revoluciones y Reformas*. La actualidad evidente de esta cuestión, sus contenidos polémicos en cuanto al alcance teórico de esas dos conceptualizaciones, la dificultad de su aplicación a procesos históricos concretos y la delimitación misma de cada una de esas caracterizaciones frente a la otra, aparecieron nítidamente a lo largo de las sesiones donde el asunto fue tratado.

La distribución de las comunicaciones presentadas reservaba ya un lugar a los problemas de definición, lo que dio lugar a que se escucharan trabajos del interés de los de G. Bravo (E) sobre la pertinencia del término revolución aplicado a la historia de fines de la Edad Antigua y de Jerzy Topolski (Pol) sobre el "mito de la revolución" en la Historiografía, lo que suponía cierta sutil revisión de la idea marxista bien difundida en los estudios historiográficos. Las disquisiciones de Topolski tuvieron una réplica interesante en las de Manfred Kossok (RDA) -que tuvo la gentileza de expresarse en castellano- para reafirmar conceptualizaciones marxistas si bien con importantes matices explicativos.

No faltaron aportaciones de tipo descriptivo o explicativo aplicadas a ámbitos territoriales específicos, entre las que figuró la del autor de esta crónica referente al proceso español en los años treinta en el contexto de los fenómenos homólogos europeos. Hubo algún interviniente, por otra parte, que a estas alturas se permitió ilustrar al selecto auditorio con las excelencias de las interpretaciones de los Moore y los Skocpol en materia de revoluciones, presentadas sin complejos como cosa novedosa. Se les escuchó con corrección.

En el importante apartado temático dedicado a *Metodología* también hubo de todo. De los tres grandes temas tratados creemos que merecen destacarse los referentes al tiempo histórico y a las relaciones entre Antropología e Historia, pero por razones distintas. En el primero de ellos, *El tiempo historiográfico en la concepción europea y asiática*, cabe lamentar la demostrada incapacidad, patente aquí una vez más, que tiene la formación habitual del historiador para enfrentarse con temas de indiscutible trascendencia en la práctica del conocimiento histórico desde posiciones mínimamente propensas a análisis de las cuestiones teóricas de fondo y no a la descripción de prácticas narrativas.

En efecto, ¿cómo es posible un tratamiento hoy de las cuestiones insertas en el concepto *tiempo* para el historiador sin una alusión siquiera a la problemática filosófica, física y sociológica del asunto?. ¿Cómo es posible -me comentaba un congresista- enfocar el problema del tiempo histórico hoy sin aludir a Kant, a Einstein, a Elias, a Prigogine y a otros tantos? Pues en la

sesión que comentamos sucedió eso justamente. Da la impresión pesada de que las cosas para los historiadores de hoy permanecen donde las dejó Braudel que, por cierto, fue objeto de críticas enteramente injustificadas por algunos de los invitados por la presidencia japonesa a efectuar intervenciones orales casi enteramente superfluas.

A priori, revestían interés las comunicaciones de J. Topolsky sobre las especies de conceptualización del tiempo que aparecen en el relato histórico, y la del soviético M.A. Barg sobre la noción de tiempo como un principio de regulación cognoscitiva esencial de lo histórico. Pero mientras Topolsky respondió bien a lo esperado, no fue así en la exposición del soviético⁶. Lo demás fueron todo glosas más o menos eruditas de la forma de entender el tiempo en el relato histórico desde San Agustín a Confucio y desde Tucídides al Shih-Chi chino. Una buena ocasión perdida, en suma. El autor de esta crónica intervino también en esta sesión para exponer una comunicación que le fue encargada sobre "La concepción circular del tiempo en Vico, Spengler y Ortega" y hubo de empezar aludiendo a que él no había diseñado tal tema, cuyo autor, como mínimo, desconoce enteramente a Ortega.

La otra sesión de interés innegable y de realización interesante fue la dedicada a *Antropología, Historia Social, Historia Cultural*, especialmente a lo que se refiere a la Historia social. Especialistas como, Nathalie Davies (USA), Peter Burke (GB), Roger Chartier (F) o Jürgen Kocka (RFA), figuraban en los programas aunque no todos estuvieron presentes en el acto. Algunos han contribuido con escritos de especial importancia a subrayar el fecundo camino a la investigación abierto ya, y muy frecuentado, por la aplicación de criterios antropológicos a la explicación histórica. El *rapport* general presentado a la sesión por los soviéticos Bromley y Tishkov es interesante y en todos los casos se destaca la relación entre historia social y antropología, campo en el que la investigación anglosajona ha hecho ciertamente una gran contribución.

Diffícilmente puede hacerse aquí una valoración cumplida de las sesiones cronológicas, entre otras razones por la imposibilidad de tener una adecuada información de todas ellas. Es, sin embargo, importante, señalar algunas características generales que puedan dar una cabal idea tanto de los reales aciertos de bastantes de los enfoques del Congreso como de algunas de sus más palmarias limitaciones, de las que ya hemos mostrado algún ejemplo.

⁶ Los textos breves, que son resúmenes de comunicaciones, *rapports* generales o ponencias, pueden verse en la publicación existente, en espera de las *Actas. Rapports et Abregés*, Comité International des Sciences Historiques, Madrid, 1990, 2 vol. Las aludidas aquí en vol. I, pp. 123 y ss.

La evidente *apertura temática* del Congreso es un primer rasgo a destacar. La variedad de los temas es muy notable y ello a pesar de la profunda jerarquización, el talante ciertamente burocrático y conservador, con que la elección de los temas es llevada adelante por las comisiones correspondientes del CICH a partir de las propuestas que les llegan de los comités nacionales. Se han abordado temas, con más o menos lúcida representación de especialistas y calidad de comunicaciones, que abarcan todas las épocas y todos los ámbitos mundiales. La *mundialización* real de la práctica historiográfica es hoy mucho más que retórica: es un hecho efectivo.

Esta mundialización no oculta la realidad, susceptible de variadas lecturas, de que en el mundo científico internacional de hoy la preponderancia de lo anglosajón es insoslayable. Tal preponderancia empieza por ser lingüística: el inglés es el idioma mayoritario y clave de la comunicación científica; así lo ha mostrado con absoluta evidencia el Congreso presente. Ahora bien, si la situación está justificada en las ciencias físico-naturales, en la mayor parte de las ciencias sociales y en todos los dominios tecnológicos, resulta que en el terreno historiográfico es justamente más discutible que el adelanto de la investigación en la cultura de lengua inglesa sea hegemónico. Aquí hay un claro mimetismo, una sobreinfluencia, a partir del panorama en otros ámbitos científicos. Las historiografías nacionales de ciertos países europeos han mostrado en el Congreso su pujanza y su afán renovador. En bastantes campos la historiografía anglosajona no porta antorcha vanguardista alguna.

Los temas específicos de mayor interés, o, al menos, los que han despertado mayor expectación entre los asistentes y los medios de comunicación -interés y expectación no son en modo alguno términos recambiables- se encontraban en secciones cronológicas como la *Moderna* y la *Contemporánea*. Es cierto que algunos de estos temas han venido a despertar atención por causas ajenas al propio Congreso. Tal ha sido el caso de la sesión destinada a la *Modernización del mundo árabe* -propuesta como tema de Historia Moderna-, que ha resultado relevante en función de la problemática del Golfo Pérsico desencadenada algunas semanas antes del comienzo del Congreso.

Expectación e interés han sido, sin embargo, plenamente concordantes en sesiones como la de *La evolución profesional de la mujer y su status social desde la revolución industrial*. Un amplio grupo de historiadoras -el género preeminente aquí fue el femenino- e historiadores consiguió hacer de esta sesión algo más que un debate del tema propuesto para convertirlo en un interesante escaparate de la vitalidad de los estudios históricos, histórico-antropológicos e histórico-sociológicos sobre la mujer, en un ámbito de predilección

que es, naturalmente, la sociedad industrial. Ha sido ésta una de las sesiones con más brillante presencia española, sin que faltara ninguna de nuestras grandes tratadistas de la historia de la mujer. El asunto de la incorporación de ésta a la vida pública, al trabajo industrial, que ha sido tratado aquí por especialistas de casi todo el mundo, era una temática de atractivo indudable⁷.

Otro grupo también con notable afluencia de especialistas y una temática de singular atracción en estos momentos era el de las *Nuevas investigaciones sobre los tratados en vísperas y durante la IIª Guerra Mundial*. La actualidad del tema estaba condicionada por los acontecimientos del mundo del Este que había sacado a la luz algunas importantes precisiones sobre el entendimiento germano-soviético del verano de 1939. Sólo la publicación de las comunicaciones completas en las *Actas* podrá darnos una idea exacta de lo aportado, pero puede señalarse ya que en el curso de esta sesión se produjeron, tal vez, los mayores debates del Congreso en materia de interpretación del mundo reciente.

La ocasión sirvió para que hubiera enfrentamientos de cierta importancia entre historiadores soviéticos, como el copresidente Chubarian, y los germano-occidentales K. Hildebrand y W. Mommsen. También tuvo intervenciones largas y polémicas el soviético Tihvinskij, personaje más conocido en la burocracia de estas celebraciones, como gran *partenaire* soviético en comités internacionales, en su calidad de jerarca de la Academia de Ciencias de la URSS, que por sus precisiones de historiador.

Tanto Hildebrand (*Der deutsch-sowjetische Nichtangriffsvertrag vom 2/8/1939...*), como Chubarian-Narinsky (*Les nouvelles recherches sur les traités d'alliance a la veille et au cours de la deuxième Guerre Mondiale*) -de tan penosa redacción como escasas sugerencias, que se limitan más bien a señalar con ironismo que se han hecho grandes aportaciones en materia de "méthode et verité historique" (!)- y el israelí Gorodeisky (*The Ribbentrop-Molotov pact reexamined*) -que presenta una visión de Stalin dirigido muy racionalmente por la "realpolitik"- aportaban comunicaciones sobre los pactos de agosto de 1939. La ocasión para el intento del revisionismo a la luz de nuevas posiciones políticas es evidente. La impresión general es la de que la historiografía actual tiende a destacar como se merece la influencia que en la política soviética tuvieron los acuerdos de Munich de octubre de 1938, y la consecuencia de que allí se dejó a Stalin sin muchas más perspectivas que las de entenderse con Hitler.

⁷ La notabilidad del "empuje" de la organización fue aquí tal que las presidentas y fuerzas vivas de la sesión consiguieron que se dotara a ésta de traducción simultánea, cosa no prevista en principio.

De otra parte, ha sido con ocasión de esta polémica, y de manera algo menos directa en sesiones como la referida a *Revoluciones y Reformas* y alguna otra, donde ha podido verse aún algún rescoldo de lo que en anteriores ediciones del Congreso fueron los enfrentamientos politizados entre la Historiografía del Este y algunas representaciones de la occidental. Los soviéticos, aun con alguna pequeña reminiscencia del viejo estilo en los más conspicuos representantes del alto *staff* académico, se han presentado con un talante menos dogmático, sin ceder por ello un ápice de la autoatribución de gran importancia que conceden a su propia historiografía. Sus ofertas de diálogo se dirigían, sobre todo, a los "fuertes": historiografía de USA y de la RFA. Sus aportaciones están bastante lejos de la importancia que ellos se autoconceden.

Merece destacarse también la relativa abundancia de sesiones y temáticas vertidas hacia conjuntos de problemas fuera de la habitual centralidad concedida al estudio de los temas europeo-americanos u occidentales. Al estudio de la modernización del mundo árabe, ya señalado, deben añadirse de forma destacada las sesiones dedicadas a *Los sistemas feudales en Asia*, asunto fuerte, como es sabido, en la historiografía medievalista. *La decadencia del Imperio Otomano, Relaciones entre judíos, cristianos y musulmanes, Estados e Imperios en el África negra, Centro y periferia: metrópolis y colonias*, tema éste que parecía hecho a la medida de quien iba a ser su estrella indudable, Immanuel Wallerstein, que figura como coordinador y que brilló por su ausencia, pero que envió sus *Introductory Remarks*, breves y concisos.

En fin, tal vez no sería menos instructivo señalar que algunos que aparecían como grandes asuntos sobre el papel han pasado luego bastante desapercibidos en su realización. Encontrar las causas de ello no es fácil y con toda seguridad pueden encontrarse varias. Si bien Ponencias y Comunicaciones son sometidas a notable filtro antes de ser aceptadas, parece evidente que el hallazgo de un gran tema no garantiza siempre su tratamiento exitoso. Con el riesgo de no coincidir necesariamente con otras personas en los enjuiciamientos, podríamos señalar en este caso de grandes asuntos y pobres tratamientos cuestiones como las de *Estrategias de mantenimiento en el Poder, La megalópolis en la Historia o Enfermedad y Sociedad*.

4. Las consecuencias españolas

Comentaristas que han formado parte de la propia organización del Congreso han señalado ya que es difícil hacer compatible la rentabilidad científica y la relativa masificación de un acto como éste. Tal es, por ejemplo, la opi-

nión de Manuel Espadas, Profesor de Investigación del CSIC, secretario del CECH y secretario del Comité Ejecutivo del Congreso⁸. Por ello parece prudente distinguir ente organización y resultados y, de la misma forma, valorar éstos últimos de forma sectorial. No puede hablarse de resultados generales en Congresos de este tipo. Puede hablarse de interés y actualidad de algunas secciones y sesiones, de la oportunidad de los temas elegidos y de lo aportado por ciertos especialistas. Por último, cabe emitir un juicio sobre la participación de los propios anfitriones.

Yo empezaría diciendo que la impresión primera de *burocratismo* que reuniones y empresas científicas de esta especie conllevan, su perfil de encuentro social de escaso fondo científico, la sospecha de que se trata de actos que son el pedestal de un cierto amiguismo a nivel internacional ejercido a través de comités cuya representatividad se desconoce, practicado por profesionales que no siempre -o mejor, que casi nunca- coinciden con los más brillantes cultivadores de la ciencia en cuestión a escala internacional, son todas ellas cuestiones con un fondo de verdad. Y, sin embargo, nos parece que todo ello es el precio que hay que pagar, y que en todas las parcelas académicas instituidas se paga, por el intento de congregar en un magno encuentro a una notable parte del "*establecimiento*" de la disciplina, para que cada cinco años dé fe de su buena salud. ¿Qué disciplina académica que se precie no tiene su *Congreso Internacional* con adecuada periodicidad?...

Ni siquiera las *Actas* de estas magnas reuniones serán en el futuro documentos manejables, ni establecerán, probablemente, *jurisprudencia* científica. Pero es preciso que las gentes se conozcan y como lugar de conocimiento los Congresos funcionan. Hay ciertos profesionales muy valiosos que huyen de este tipo de reuniones. Es evidente que entre los españoles los hay, cosa que explicaría sonoras ausencias que aquí se han "oído" bastante. Pero me temo que tales ausencias no se explican sólo así. La Historiografía española es aún, y en ello no se distingue del resto de lo que consideramos con algún eufemismo nuestra ciencia, bastante provinciana.

En lo científico, el tono general del Congreso ha sido discreto. No nos parece ver ningún gran atisbo de lo que pueda ser notable en un futuro próximo. Pero sí ratifica impresiones ya sentidas. Desde el punto de vista de la continuidad y el futuro de los contactos internacionales en los que es de todo punto recomendable que la presencia española sea cada vez más notada, puede señalarse que en la presidencia del CICH aparecerá hasta el próximo Congreso, el de Montreal en 1995, el poco conocido británico T.C. Barker,

8 Entrevista en *Historia* 16. 175, nov. 1990, p. 149.

anterior vicepresidente, mientras que en la secretaría -tradicional dominio francés- se instala un activo historiador muy baqueteado también en burocracias, François Bédarida, el director hasta ahora del *Institut d'Histoire du Temps Présent*. Un español, Antonio Eiras, accede a la presidencia de la Comisión de Demografía Histórica y otro, Manuel Espadas, pasa a formar parte del *bureau* de la Historia de las Relaciones Internacionales.

La Historiografía vive un *impasse* metodológico a nivel mundial. Vivimos una época de reelaboración, de reajuste de posiciones, sin ningún gran movimiento arrolladoramente hegemónico, como es notorio. Y esto lo ha reflejado bien el Congreso. Así, los temas metodológicos elegidos para este Congreso o tienen escaso interés, a mi juicio, como la Biografía, o han sido un fiasco como el del Tiempo historiográfico. Mientras que el de Historiografía y Antropología -como todo lo que hubiera sido hablar de relaciones interdisciplinares- ha sido un acierto. La crisis intelectual de las metodologías marxistas se nota, mientras es patente el derrumbe de la identidad intelectual en las gentes venidas al Congreso desde el Este, desde Polonia a la URSS, pasando por otros países de anterior régimen ideológico estricto, con algunos heroicos islotes -Kossok-.

Se reafirma la atención a la interdisciplinaridad -antropología/historiografía/politología, por ejemplo-, el auge de los estudios sobre la mujer, de las relaciones internacionales y la atención a los problemas de las áreas periféricas al centro capitalista. Está claro también que aquellos temas que tienen claras referencias en la vida reciente disponen siempre de público y de colaboradores entusiastas. Esto ha ocurrido con la cuestión de las Revoluciones y Reformas, del mundo árabe o de la mujer.

El caso español merece también alguna puntualización a comentarios oídos y opiniones dadas que no siempre hacen justicia a todos los elementos que han de tenerse en cuenta. En primer lugar, parece importante señalar que el hecho de que el acontecimiento haya tenido lugar en España no primaba de forma alguna la participación activa como ponentes o comunicantes de historiadores españoles. La historiografía española no podía brillar más por jugar en casa. Y ha brillado con el brillo que tiene. Conclusión: hace falta una muy larga etapa de confrontación todavía de nuestra producción historiográfica con lo que se hace fuera de aquí antes de que podamos medirnos y se note que entramos en el duelo.

Me parece enteramente improcedente, además de inútil, lamentar que no hayan aparecido este o aquel académico, emérito, intelectual orgánico o publicista notorio. No habrían añadido nada y tal vez hasta corríamos el peli-

gro de que hubieran restado algo. Quienes hemos estado lo hemos hecho con dignidad y no peor que nuestros colegas foráneos. Ponentes o comunicantes españoles los ha habido en todas las Secciones y en la mayoría de las sesiones. No hemos dominado, naturalmente, en ningún tema, pero la propia estructura de la organización científica del Congreso impide que estas cosas puedan suceder. La falta de preparación que padecemos aún para brillar en foros internacionales -empezando por los problemas lingüísticos- es notoria⁹.

Las críticas plausibles y necesarias en el caso español deben ir en otra dirección. El llamado *Comité Español de Ciencias Históricas*, dando por supuesto el respeto que nos merecen las personas que actualmente lo pilotan, es una entidad que haría algún favor dándose cuando menos a conocer. Es más que dudoso que tal entidad sea efectiva si las Universidades carecen en ella de todo peso y el contacto es prácticamente inexistente. La difícil difusión del Congreso entre buena parte de la profesión española se debe a causas que el propio CECH ha señalado y que apuntan a problemas de los departamentos universitarios. Pero en modo alguno explica eso las cosas o, al menos, no lo hace en su totalidad.

El CECH es poco o nada conocido en las Universidades. Los elementos responsables de éstas en el terreno historiográfico desconocen cómo, cuándo y por quiénes se han elegido temas y participación española en el Congreso. Esto no quiere decir que tal elección haya sido incorrecta, sino que el procedimiento no ha sido suficientemente difundido. Que este comité no es lo operante y representativo que podría ser -realmente sus estatutos, composición de sus órganos directivos y demás extremos son escasamente conocidos-, lo que hace pensar en el sinsentido de que en el anterior Congreso, el de Stuttgart en 1985, aparecieran sociólogos conocidos españoles ejerciendo de historiadores, cosa cuya viceversa es sencillamente impensable.

Un organismo de la estructura y condiciones del CECH difícilmente puede difundir con gran éxito el Congreso en los medios universitarios españoles. Y ésta me parece que es la clave de la cuestión: el instrumento organizativo, no las personas. El propio origen y trayectoria de tal comité explica bien el asunto, en el que no hemos de insistir aquí.

Lo realmente notable es que, con tales limitaciones, el aparato organizativo de toda la infraestructura y el creador del clima apropiado para el trabajo, haya podido hacer un papel más que digno y superar ampliamente los barrun-

⁹ Por fortuna no llegó a ocurrir aquí lo que en el Congreso Mundial de Sociología que nos precedió en unos días: la protesta masiva por el uso casi exclusivo de la lengua inglesa. Aquí funcionó en las sesiones claves un bien organizado servicio de traducción simultánea y, por otra parte, los asistentes tenían ya asumido el fenómeno.

tos de tragedia que los problemas surgidos en el ya citado Congreso de otra materia social afín que se celebró semanas antes en el mismo escenario, con un caos organizativo modélico, despertaron en nuestras autoridades políticas y político-académicas. Semejante barrunto excitó juiciosamente la "cautela" de estas autoridades. Un acto de este cariz, que en los demás países cuenta siempre con el patrocinio -como aquí- del Jefe del Estado respectivo, y con su presencia inaugural, se vio aquí honrosamente presidido el día de la inauguración por el Presidente de la Comunidad de Madrid, Prof. Joaquín Leguina, que es un cabal político y un cabal universitario.

Las lecciones generales posibles son varias. Los historiadores españoles necesitan mayor número de organizaciones profesionales especializadas. Las Universidades tiene que organizar menos *Cursos de Verano* de relumbrón estilo Villapalos y más Congresos Internacionales serios. Un Congreso no es "internacional" porque asista el amigo francés o británico del "pope" máximo que figura al frente del acto... Llama notablemente la atención la pasividad general con la que la profesión historiográfica española ha visto la celebración del acontecimiento entendiendo que no era cosa que fuera con ella. Y esto no hay organización que lo pueda enmendar a corto plazo. Perviven aún muchas estructuras de etapas anteriores.

Pero con el XVII Congreso Internacional de Ciencias Históricas al menos ha salido airosa la capacidad de la organización española. No es poco.